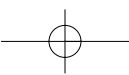
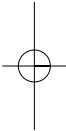
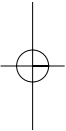


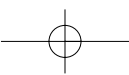
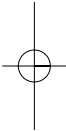
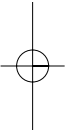
Podría darlo todo al Tiempo excepto... excepto  
lo que yo mismo he retenido. Pero, ¿por qué declarar  
las cosas prohibidas con las que mientras la Aduana dormía  
he cruzado a lugar seguro? Porque Allí estoy ya,  
y de lo que no quise separarme lo he guardado.\*

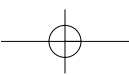
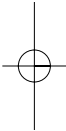
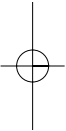
ROBERT FROST

- \* «I could give all to Time except –except / What I myself have held. But why  
declare / The things forbidden that while the Customs slept / I have crossed to  
Safety with? For I am There / And what I would not part with I have kept.»



PRIMERA PARTE





**1**

Voy flotando hacia arriba en medio de una confusión de sueños y memoria, retorciéndome como una trucha a través de los anillos de subidas anteriores, y salgo a la superficie. Se me abren los ojos. Estoy despierto.

Quienes sufren cataratas deben de ver así cuando les quitan los vendajes después de la operación: cada detalle tiene la nitidez de la primera vez; aun siéndote familiar, lo conoces de antes de tu ceguera, lo recordado y lo visto se fusionan como en un estereoscopio.

Evidentemente, es muy temprano. La luz no es más que un crepúsculo que se filtra por los bordes de las persianas. Pero veo, o recuerdo, o ambas cosas, las ventanas sin cortinas, las vigas desnudas, las paredes de tablero en las que no hay nada más que un calendario que creo recordar de la última vez que estuvimos, hace ocho años.

Lo que fue agresivamente espartano es ahora simplemente pobretón. Desde que Charity y Sid cedieron el recinto a los chicos, no se ha remozado ni añadido nada. Debería sentirme como si me estuviese despertando en algún motel de tercera en tierras de mal año, pero no es así. He pasado demasiados días buenos en esta cabaña para que me deprima.

## 22 WALLACE STEGNER

Hay incluso, según mis ojos van haciendo un mejor uso de la amanecida y levanto la cabeza de la almohada para mirar alrededor, cierta calidez, incluso en la penumbra. Asociaciones, probablemente, pero también color. El pino desnudo de paredes y techos ha madurado con los años, y ha cogido un color denso de miel, como teñido por el calor de las personas que lo construyeron para refugio de sus amigos. Lo tomo como un augurio; y aunque recuerdo el porqué de estar aquí, no puedo sacudirme la sensación de deliciosa familiaridad con la que acabo de despertar.

El aire me es tan familiar como la habitación. Manchas de ratones típicas de cabaña de verano, y también una ligera y no desagradable reminiscencia de mofetas bajo la casa, pero alrededor y más allá de eso una agudeza como de dos mil y pico metros. Una ilusión, por supuesto. Lo que huele a altitud es latitud. Canadá está al norte, a sólo docena y media de kilómetros, y la capa de hielo que dejó sus huellas por toda esta región no ha desaparecido para siempre, sólo se ha retirado. Algo en el aire nos dice, incluso en agosto, que volverá.

De hecho, si logras olvidar la mortalidad, y eso resultaba más fácil aquí que en la mayoría de sitios, podrías creer que realmente el tiempo es circular, y no lineal y progresivo como nuestra cultura se empeña en demostrar. Visto desde una perspectiva geológica, somos fósiles en formación y quedaremos enterrados y finalmente expuestos de nuevo para perplejidad de los seres de eras posteriores. Vistos tanto en términos geológicos como biológicos, como individuos no justificamos la menor atención. Uno de nosotros no difiere demasiado de otro, cada generación repite a sus padres, las obras que construimos para que nos sobrevivan no resultan mucho más duraderas que los termiteros, y todavía menos que los arrecifes de coral. Aquí todo vuelve sobre sí mismo, se repite y renueva, y es difícil distinguir el presente del pasado.

Sally sigue durmiendo. Me deslizo fuera de la cama y atravieso descalzo el frío suelo de madera. El calendario insiste en que no es el que yo recordaba. Dice, correctamente, que estamos en 1972 y en el mes de agosto.

La puerta cruje cuando la abro. Aire afilado, luz gris, lago gris abajo, cielo gris a través de los falsos abetos cuyas cimas sobrepasan con creces el porche. Más de una vez, en pasados veranos, Sid y yo tálamos algunos de estos árboles medio herbáceos para que entrase más luz en la cabaña de invitados. Todo lo que hicimos fue destruir algunos individuos, nunca eliminar la especie. A estos falsos abetos del Canadá les gustan las riberas empinadas. Como tantas otras especies, se aferran a su territorio.

Vuelvo adentro y cojo mi ropa de la silla, la misma ropa que traía de Nuevo México, y me visto. Sally duerme, fatigada del largo vuelo y las cinco horas en coche desde Boston. Un día demasiado duro para ella, pero no quiso ni oír hablar de cancelar el viaje. La habían convocado, y venía.

Me paro un instante a escuchar su respiración, preguntándome si atreverme a salir y dejarla. Está profundamente dormida y así seguirá un buen rato. Nadie va a venir por aquí a esta hora. Este trozo temprano de la mañana es mío. Salgo al porche, de puntillas, y quedo expuesto a lo que, según me dicen todos mis sentidos, tanto podría ser 1938 como 1972.

No hay nadie levantado en el complejo Lang. No se ven luces entre los árboles, no hay en el aire olor alguno a humo de astillas. Salgo del bosque esponjoso por el camino que pasa ante la leñera y llego a la carretera y allí me encuentro el cielo, débilmente iluminado por el este, y la estrella de la mañana fija como una farola. Debajo de los árboles creía que estaba cubierto, pero aquí afuera veo el cuenco del cielo claro e impecable.

Los pies me llevan carretera arriba hasta la verja de entrada, y a través de ella, justo al cruzarla, el camino se bifurca. Dejo a un lado la carretera de la casa de la Cresta y escojo en cambio el estrecho camino de tierra que trepa rodeando la colina por la derecha. John Wightman, cuya cabaña se asienta donde la colina termina, murió hace quince años. No aparecerá para protestar de que le pise sus surcos. Es una carreterita por la que he caminado cientos de veces, un túnel delicioso perdido entre los árboles, bullicioso esta mañana de pájaros y cositas que crujen con timidez, mi camino favorito.

El rocío lo ha empapado todo. Podría lavarme las manos en los helechos, y cuando arranco una hoja de una rama de arce me cae un chaparrón sobre cabeza y hombros. Cruzo poniendo mi atención, complaciéndome la mirada, entre los árboles nobles al pie de la colina, el cinturón de cedros donde el suelo está encharcado por los manantiales, entre las píceas y los abetos balsámicos de la empinada ladera. Veo huellas de mapaches, un adulto y dos jóvenes, en el barro, y hierbas medio secas dobladas como arcos de croquet mojados, y amanitas moteadas de color naranja, en esta época aplastadas o incluso cóncavas y reteniendo agua, y selvas en miniatura de licopodios y helechos y colas de caballo. Hay cuevas marrones, refugios, tierras de ratones y de liebres bajo las amplias faldas de píceas y abetos.

Tengo los pies mojados. Allá en el bosque oigo un gorrión pechiblanco que prueba a cantar una canción que parece tener medio olvidada. Miro a la izquierda, a lo alto de la ladera, por ver si capto un atisbo de la casa de la Cresta, pero sólo veo árboles.

Salgo entonces al lomo de la colina y ahí está el cielo, entero, inmenso y lleno de luz que anega las estrellas. Tiene los bordes plenos de colinas. Sobre el monte Standard el aire es de oro caliente y, al contemplarlo, el sol emerge sobre la cresta y me mira desde arriba.

Esta vez no hemos vuelto a Battell Pond por placer. Hemos venido por cariño y solidaridad familiar, como miembros adoptados del clan, y porque nos lo pidieron y se nos esperaba. Pero ahora no puedo sentirme compungido, como tampoco podía cuando me desperté en la vieja y destartalada casita de invitados. Todo lo contrario. Me pregunto si alguna vez me he sentido más vivo, más competente en lo mental y más cómodo conmigo y con mi mundo de lo que me siento por espacio de pocos minutos en la loma de esta colina tan conocida, mientras contemplo el sol ascender con fuerza y confianza y veo a mis pies el pueblecito sin cambios, el lago como una balsa de mercurio, los verdes variables de los campos de heno y las praderas y los sotos de arces dulces y los bosques de abeto negro, todo ello alzándose y calentándose según se van acortando las alargadas sombras.